

COMUNICACIÓN, INTERSUBJETIVIDAD Y VIOLENCIA. ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO A LA DEBILITACIÓN DE LAS RELACIONES COMUNICATIVAS EN ENTORNOS VIOLENTOS

Marta Rizo García

“Estamos desnudos ante las violencias, abiertos a la ira engendrada por el miedo, en una cultura de la sospecha en donde todos somos potencialmente sospechosos de ser sospechosos”.
Rossana Reguillo (1996: 25).

1. La violencia en la cotidianidad

La violencia, como fenómeno, ha interesado de manera constante a distintas disciplinas sociales. En algunos momentos, sin embargo, la atención académica a la violencia se intensifica, algo que en México observamos sobre todo en la última década.

Sistematizar las escenas de violencia cotidiana a las que se enfrenta diariamente un sujeto en una megalópolis como México es una labor inalcanzable. Seguramente todos somos capaces de ejemplificar situaciones violentas con las que nos topamos cotidianamente; situaciones que podemos vivir de manera directa o, en otros casos, a las que accedemos a través de la observación directa de las mismas, en el espacio público o en los medios de comunicación. En conversaciones cotidianas es frecuente escuchar referencias a la militarización del norte del país, a la violación de mujeres, al maltrato infantil, a los retenes en carreteras de algunos estados de la República, a las peleas en el entorno laboral, a la frustración que genera el exceso de tráfico vehicular, a los asesinatos en zonas de otros continentes, al *bullying* en las escuelas o a una balacera que alguien escuchó cerca de su domicilio en días pasados.

El anterior no es, obviamente, un recuento exhaustivo. Más bien se trata de un listado de ejemplos ilustrativos en torno a la naturaleza cotidiana –y como veremos, naturalizada– de la violencia. ¿Somos conscientes del costo que puede tener el que vivamos cotidianamente rodeados de imágenes como las anteriores? ¿Hasta qué punto nos damos cuenta del grado en que hemos naturalizado y normalizado la violencia de nuestros entornos? ¿Qué estamos haciendo para combatir estas situaciones? ¿Es la comunicación un elemento determinante en dichas escenas cotidianas? ¿Puede la comunicación, más que fortalecer y promover la violencia, combatirla?

En este ensayo se presentan algunas reflexiones en torno a la violencia en la vida cotidiana. La comunicación aparece, desde varios frentes, al centro de la reflexión. Aparece, simultáneamente, como proceso debilitado por la violencia y como potencial facilitador de la resolución de los problemas generados por la violencia. Dicho de otra forma, en estas páginas la comunicación se

concibe como víctima, como proceso afectado por las situaciones de violencia cotidiana, y simultáneamente como motor de cambio, como facilitadora de modificaciones de las actitudes con las que se hace frente a las mismas situaciones de violencia.

La relación entre comunicación y violencia ha sido ampliamente abordada a lo largo de la historia del pensamiento comunicacional. Fueron muchas las investigaciones que, desde enfoques conductistas como la teoría de la aguja hipodérmica o desde investigaciones psicológicas experimentales, señalaban la relación causal entre el consumo de medios y los comportamientos violentos de la audiencia.

Varias décadas después, la mayoría de investigaciones sobre el tema analizan, por un lado, la representación y tratamiento de la violencia en los medios masivos de comunicación, y por el otro, el papel de éstos tanto en la apropiación de comportamientos violentos por parte de los receptores como en el potencial de los medios como impulsores de un cambio. A decir de Guemureman y Gugliotta (1998: 5), “el consumo por parte de la población tiene como efecto despertar la reacción social y esta reacción social tiene un gran potencial: puede desencadenar un proceso de problematización, que puede materializarse –o no– en acciones concretas tendientes a buscar un cambio”.

Desafortunadamente, son muchas menos las investigaciones y reflexiones sobre la comunicación cotidiana y su papel en la reproducción de patrones de comportamientos violentos y la erradicación de éstos. Y tampoco son muchos los trabajos que apuntan a considerar a la comunicación como víctima y simultáneamente “salvadora” de la violencia cotidiana. ¿Puede la comunicación ser una herramienta para solucionar los problemas de violencia a los que nos enfrentamos en nuestra experiencia cotidiana? ¿Somos conscientes de que la comunicación intersubjetiva es la base para la construcción de vínculos de sana convivencia entre sujetos en el espacio de lo social? ¿Hasta qué punto la violencia estructural del entorno hace más débil la comunicación entre las personas?

La vida cotidiana no puede comprenderse hoy sin la mediatización de la violencia a la que estamos sujetos. La violencia, en sus múltiples formas y expresiones, sin duda obstaculiza formas de comunicación intersubjetiva sanas, basadas en el respeto, la puesta en común y el vínculo horizontal. En este tenor, cabe considerar que el miedo social producto de la violencia estructural debilita la capacidad comunicativa que tenemos como sociedad.

Es más que común encontrarnos con personas que afirman tener miedo y desconfiar *a priori* de cualquier desconocido. Este miedo es un miedo al otro y a la otra con quienes nos cruzamos en el espacio público. Es un miedo *justificado*: quienes lo sufren afirman que más vale estar prevenidos y desconfiar porque nunca se sabe con quién se puede uno topar en la calle. Prevenir es un arma de defensa social habitual, máxime en entornos como el de la ciudad de México. Sin embargo, el miedo y la prevención, en exceso, debilitan e incluso hacen desaparecer las relaciones comunicativas cotidianas que debieran primar en el espacio público.

2. La comunicación y la violencia mediatizada-naturalizada

La violencia es, ante todo, un fenómeno multidimensional. Y lo es porque se presenta en la vida cotidiana bajo múltiples formas, se deriva de causas muy variadas y tiene efectos también diversos. La violencia puede ser física, psico-emocional, económica, laboral, machista, homofóbica, xenófoba. Bajo estas formas, entre otras, la violencia es real, aparece de forma obscena y encarnada en múltiples situaciones que vemos y/o vivimos. Pero es, también, violencia simbólica. Como afirmara el célebre sociólogo francés Pierre Bourdieu (1999: 173), “la violencia simbólica es esa violencia que arranca sumisiones que ni siquiera se perciben como tales apoyándose en unas expectativas colectivas, en unas creencias socialmente inculcadas”.

A propósito de la concepción de la violencia simbólica, cabe considerar que ésta “se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador (por consiguiente, a la dominación) cuando no dispone, para imaginarla o para imaginarse a sí mismo o, mejor dicho, para imaginar la relación que tiene con él, de otro instrumento de conocimiento que aquel que comparte con el dominador y que, al no ser más que la forma asimilada de la relación de dominación, hacen que esa relación parezca natural” (Bourdieu, 2000: 51). Esta afirmación de Bourdieu da cuenta de la naturalización de la violencia, de la normalización con la que vivimos la violencia, del componente *dóxico* de la violencia. En todos los casos, la violencia “se tiende a definir interpretativamente sobre la base de las relaciones o contextos socialmente significados donde ello ocurre, que a su vez se consideran sus fuentes, más que en términos de lo que violencia designa en sí misma” (Rodríguez, 2011: 65).

Los medios de comunicación son, sin duda, uno de los principales transmisores de violencia hoy en día. Es a través de ellos que muchos ciudadanos presencian hechos violentos que, aún y mediatizados, afectan a la percepción de las propias situaciones de violencia cotidiana que estos ciudadanos saben que pueden vivir en cualquier momento. La violencia parece ser hoy un producto de mercado fácilmente vendible a través de los medios: “las violencias, en sus diversas manifestaciones, también venden. La espectacularización de lo real, la banalización del drama humano tiene cuando menos dos repercusiones: de un lado, la inmunidad, es decir, la pérdida de la capacidad de indignación y asombro; de otro lado, la atenuación, es decir la no implicación en los asuntos públicos porque el ejercicio ritual de asistir a esa violencia espectacularizada, exime de cualquier compromiso” (Reguillo, 1996: 28). Dicho de otra forma, en tanto que espectadores de la violencia, parece que nos podemos desentender de la violencia real a la que estamos sujetos, como si ésta fuera algo que les pasa a otros y que a nosotros no nos va a afectar. Nada más alejado de la realidad. Ser espectadores de la violencia, con la normalización y naturalización de la violencia que ello conlleva, hace que modifiquemos algunos hábitos cotidianos, condiciona nuestro actuar en el mundo de la vida cotidiana, nos genera miedo (consciente o no) y, en consecuencia, nos impide fortalecer los vínculos de confianza requeridos para una comunicación intersubjetiva e interpersonal sana.

Los indicadores cuantitativos³ de las violencias cotidianas son cifras que nos abruman, pero estos “indicadores no recogen sin embargo la magnitud de la angustia, el tamaño del miedo y las consecuencias múltiples que repercuten en las formas de socialidad y modifican los escenarios que habitamos” (Reguillo, 1996: 28). A la larga, por tanto, son más los efectos de las percepciones cualitativas de la violencia cotidiana que los propios hechos cuantificados, generalmente a través de los medios de comunicación. De ahí que sea importante tomar en cuenta que la violencia no sólo adquiere su significado en los hechos o sucesos que podemos ver, cuantificar y fácilmente ubicar en un momento y espacio determinados; la violencia se significa, sobre todo, a partir de juicios y percepciones subjetivas, tales como el odio, el prejuicio, el dolor y el sufrimiento, entre otros.

Rossana Reguillo (1996) propone dos categorías para pensar el impacto que tienen las violencias en la configuración de las ciudades y en la vida urbana contemporánea: la confiabilidad y la vulnerabilidad. La violencia, siempre múltiple y ubicua, disminuye la sensación de confianza y aumenta, entonces, nuestra vulnerabilidad como ciudadanos, a todos los niveles. Nos hace más débiles ante los otros, y a la vez debilita nuestra relación con esos otros con quienes compartimos el mundo de la vida cotidiana.

³ Nos referimos a los indicadores cuantitativos en el sentido que la investigación sobre la violencia en los medios de comunicación busca, ante todo, “identificar, clasificar y computar los actos violentos generalmente mostrados en las pantallas de televisión, los antecedentes y consecuencias de los actos violentos, las características de los agresores y agredidos, el tono narrativo y la exhibición de la violencia (...) se evidencia que el modo de presentar la violencia en los medios genera la sensación de impunidad, de omnipresencia y de inevitabilidad” (Ceballos, 2008: 270).

La violencia transmitida por los medios se nos presenta como algo inevitable, y en este sentido, no nos vemos del todo involucrados en los hechos, lo cual aumenta nuestra sensación de inmunidad y, a su vez, hace que de alguna manera legitimemos la impunidad de los actos violentos. Como afirma Ceballos (2008: 270-271), “en el tema de la violencia en los medios, se apuesta por una de estas tres hipótesis: los contenidos violentos tienen un papel catártico, producen un aumento de los comportamientos violentos o, con la sobrerrepresentación de la violencia, se refuerza el orden social”.

Por todo lo anterior, es inevitable pensar de forma vinculada la violencia representada en los medios y la violencia experimentada en nuestras vidas cotidianas. Una alimenta a las otras: “si los medios multiplican las experiencias asociadas con el miedo, terminan por integrarlas a la vida cotidiana, pues no sólo son difusores, también son amplificadores de los temas sociales y políticos, porque los sitúan y contextualizan, los explican y los juzgan; ofrecen un ámbito de reconocimiento o desaprobación de la existencia cotidiana a través de los dispositivos de ocio dirigido” (Ceballos, 2008: 271).

Como se puede observar, violencia mediática y violencia social cotidiana son necesariamente procesos vinculados. Ahora bien, ¿cómo la violencia mediatizada afecta a nuestra comunicación cotidiana? ¿Cómo esta violencia genera cambios de comportamiento en nuestro actuar cotidiano que obstaculizan nuestra capacidad de comunicarnos de forma sana y efectiva con los otros?

3. Socialidad, violencia y vida cotidiana

La vida cotidiana es una vida marcada por las diversas formas de violencia. El término violencia designa “comportamientos, situaciones, efectos de comportamientos y sensaciones que se viven, y en ese sentido es una noción plena de significaciones variables” (Hernández, 2001: 59). La violencia se verifica, ante todo, en el marco de las relaciones interpersonales. Así, las diferentes comunidades humanas de las que formamos parte se erigen como un entorno simbólico y un territorio fundamental para estudiar la violencia.

Es en las comunidades humanas, en nuestros entornos más próximos, donde verificamos constantemente las formas de expresión de la violencia cuyos resultados apuntan a la destrucción, o al menos al empobrecimiento, de los vínculos sociales. Esta idea se plasma en la siguiente afirmación de Rossana Reguillo (1996: 24): “El drama social eternamente representado se complejiza hoy día por la emergencia de nuevos fantasmas y demonios. Del narcotráfico al sida, de la violencia de Estado a la violencia callejera, pasando por la pobreza, la exclusión, la intolerancia. Las violencias se diversifican, alimentándose a sí mismas del miedo, la incertidumbre, la desesperanza y especialmente, la disolución del vínculo social”.

Esta disolución no es otra cosa que la ruptura u obstaculización de la comunicación cotidiana. La violencia, así vista, se instituye como un muro difícil de traspasar, como una fuerza que fragmenta e impide la consolidación de los vínculos que nos hacen sujetos sociales. Como afirma Reguillo (1996: 25), “las violencias desbordan la capacidad de respuestas ciudadana. Se abren paso en una sociedad dispersa y contribuyen a aumentar la fragmentación, cancelan la esperanza y acrecientan las murallas entre los sujetos”.

Si partimos de que es en la interacción cotidiana donde nos constituimos como sujetos sociales, es válido afirmar que nuestra exposición (mediatizada o no) a la violencia tendrá consecuencias fácilmente visibles en nuestras relaciones personales. Lo anterior, porque “la violencia es vivida, significada y comprendida a través de diferentes contextos explicativos o comprensivos (...) es entendida en su propio discurrir a través de las percepciones y significaciones atribuidas por quienes la viven” (Hernández, 2001: 61).

En las relaciones que mantenemos con otros, los sujetos ponemos en escena normas y valores incorporados, encarnados, y manifestamos nuestras posiciones objetivas y subjetivas en el mundo de lo social. ¿Cómo entonces se manifiesta la violencia en nuestro actuar cotidiano? ¿Somos conscientes de que en estas manifestaciones de la violencia somos –o podemos ser– simultáneamente agentes activos y pasivos de la violencia? Como afirma Estrada (2006: 89), “la violencia representa una modalidad de la totalidad de estructuras o marcos interpretativos que definen un tipo de acción social en particular, de acuerdo a las condiciones objetivas y subjetivas en que son reincorporadas constantemente dentro del ámbito de las relaciones interpersonales cotidianas”. Así pues, si incorporamos la violencia como algo natural –por la labor normalizadora de los medios–, nuestras interacciones sociales estarán marcadas necesariamente por la violencia, y esa marca nos parecerá normal, común, e incluso la aceptaremos como algo imposible de modificar. Dicho de otra manera, si nos apropiamos de los referentes de sentido transmitidos por los medios como difusores de la violencia, nuestros marcos interpretativos, reguladores de nuestras relaciones sociales, se verán afectados por la violencia en sus múltiples formas y manifestaciones. Lo anterior está cargado, de forma ineludible, de la dimensión afectiva-emotiva de nuestras relaciones. En palabras de Maturana (1997: 83), “para que los miembros de una cultura reflexionen sobre sus conductas violentas se requiere que haya un conflicto en el que emocionar, que genere conductas contradictorias lo suficientemente intensas para que éstos suelten su natural certidumbre sobre lo natural de sus acciones”.

Las ideas anteriores permiten traer a colación que nuestra subjetividad⁴, y nuestra idea de comunidad, se modifican por las situaciones de violencia a las que estamos expuestos. Asumimos, así entonces, que si se crea en el marco de las interacciones humanas, la violencia “cobra realidad y se reproduce en la intersubjetividad social (...) se asienta en la existencia y producción de consensos sociales intersubjetivos” (Hernández, 2001: 62). Ello hace que la socialidad sea uno de los escenarios básicos para el estudio de la violencia cotidiana que los sujetos viven en comunidad. Las comunidades⁵ “pueden ser campo de estudio de la manera en que los sujetos integran en su vida cotidiana formas de estar con la violencia, que no son otra cosa más que formas de gestionar la convivencia con los otros a través del prisma de la violencia social” (Estrada, 2006: 101).

La afirmación anterior permite fortalecer la hipótesis que guía las presentes reflexiones: la integración de la violencia a nuestras vidas cotidianas torna indispensable que los sujetos sean capaces de gestionar esta violencia. ¿Puede la comunicación ser un elemento nodal para esta gestión de la violencia en nuestras interacciones cotidianas? ¿O hasta qué punto la ruptura de los vínculos de confianza y el incremento de la vulnerabilidad de los sujetos hacen que la comunicación, más que ser agente de potenciales soluciones, sea la principal afectada en este entorno de gestión cotidiana de la violencia?

La pregunta anterior se puede desdoblar en, al menos, dos posibles respuestas: gestionamos la violencia cotidiana tratando de fortalecer la comunicación que mantenemos con nuestros contemporáneos, o bien sacrificamos la comunicación con los otros en aras de sentirnos más seguros ante los hechos violentos que percibimos como posibles en todo momento.

Entonces, ¿qué mecanismos echamos a andar para sobrevivir en un entorno violento del que no nos sentimos los principales promotores? Parafraseando a García Canclini (2002: 79), la violencia es parte importante de nuestra adaptación a las estructuras sociales, lo cual hace que sintamos que estas estructuras son impuestas, pues creemos que nosotros no intervenimos en su construcción, y hace que necesariamente nos tengamos que adecuar a ellas para sobrevivir en sociedad.

⁴ Por subjetividad entendemos “la apropiación e interpretación que realizan los actores sociales de las condiciones objetivas del mundo” (Reguillo, 2000: 50).

⁵ Para Bauman (2003: 21), “una de las consecuencias de la consolidación de la moderna idea de comunidad ha sido la instauración de una especie de orden flexible de relaciones en el que la lucha por la libertad se gestiona, paradójicamente, mediante la vigilancia permanente de los propios actos”.

Queda claro entonces que la violencia es un factor de estructuración de lo social. En términos de Padilla (2011: 3), “en la producción de la violencia es fundamental el sistema sociocultural y por tanto ésta expresa características de la sociedad de donde emerge. Porque la violencia es y se realiza tanto como un proceso social subjetivo (representaciones, significaciones sociales) y objetivo (comportamientos, acciones), manifiesto (hechos) y latente (cultura, estructura), donde la valoración emocional de sus efectos, ya sean visibles o invisibles, pasa a formar parte del proceso”.

Así, la violencia es estructurada por lo social y, a la vez, es estructurante de lo social. A decir de Zizek (2009: 256), la violencia es “el trastorno radical de las relaciones sociales básicas”. Es un hecho que aprendemos, y aprehendemos, la violencia en nuestra convivencia cotidiana. Y es un hecho también que experimentamos la violencia, de nosotros hacia nosotros, de nosotros hacia otros y de otros hacia nosotros. Somos, simultáneamente, emisores y receptores de la violencia. “Cuando manifestamos la violencia respecto de nosotros mismos podemos hablar de acciones que tienden a la autodestrucción, adicción, desvaloración con conductas destructivas. Si es hacia los demás: desvalorización del otro, discriminación, amenaza, agresividad, y por supuesto violencia física, entre otras” (Barrera, 2008).

La misma autora afirma que “hay comunicación violenta cuando discriminamos por cualquier criterio, racial, religioso, de género, por cuestiones de clase social, o de estatus, de estereotipo de belleza, por cuestiones físicas, de edad o políticas” (Barrera, 2008). Y completa sus reflexiones con lo siguiente: “Generamos violencia también cuando negamos los sentimientos del otro, cuando no escuchamos lo que tiene para expresar, cuando nos creemos superiores, cuando descalificamos y juzgamos, y a partir de allí le negamos posibilidades. Cuando nos burlamos del otro en su ser, cuando abusamos de nuestra autoridad, de nuestra posición social, cuando no aceptamos al otro, cuando faltamos el respeto, cuando exigimos una determinada conducta, en lugar de hacer pedidos. Cuando creemos que tenemos razón y descalificamos al otro diciendo que no la tiene y cerramos el diálogo. Cuando negamos que la otra persona tiene sus propias necesidades y ponemos las nuestras por encima a cualquier precio” (Barrera, 2008).

Las aseveraciones anteriores confirman que somos seres sociales en constante interacción con la violencia, como víctimas o como victimarios, de forma pasiva o de forma activa, a veces consciente y otras veces inconsciente.

4. La intersubjetividad y el abordaje de la relación entre comunicación, violencia y vida cotidiana

En algunos trabajos anteriores (Rizo, 2006; 2006a; 2007; 2008; 2009) hemos abordado la relación entre la intersubjetividad –concepto que retomamos del filósofo Alfred Schütz- y la comunicación. Entre otras ideas, rescatamos que la intersubjetividad se concibe como requisito previo para la comunicación entre los seres humanos. ¿Cómo puede abordarse la violencia cotidiana bajo la óptica de la comunicación intersubjetiva? En las siguientes páginas planteamos algunas ideas que pueden contribuir a tal abordaje.

La intersubjetividad constituye una característica del mundo social. El aquí se define porque se reconoce un allí, donde está el otro. El sujeto puede percibir la realidad poniéndose en el lugar del otro, y esto es lo que permite al sentido común reconocer a otros como análogos al yo. Es en la intersubjetividad donde podemos percibir ciertos fenómenos que escapan al conocimiento del yo, pues el sujeto no puede percibir su experiencia inmediata pero sí percibe las de los otros, en tanto le son dadas como aspectos del mundo social.

El mundo del sentido común, el “mundo de la vida”, permite anticipar ciertas conductas para que el sujeto se desarrolle en su entorno. De ahí que la intersubjetividad sea posible. La intersubjetividad, de

alguna manera, implica el poder ponernos en el lugar del otro, a partir de lo que conocemos de ese otro, de lo que vemos en él. Parafraseando a Schütz (1974), el problema de la vida cotidiana se expresa en las relaciones de los actores sociales entre sí y en cómo éstos comprenden y constituyen la realidad social.

La intersubjetividad, siempre dada en situaciones de simultaneidad, es posible porque el mundo del sentido común permite anticipar ciertas conductas de otros para desarrollar la vida social: cuando un sujeto se dirige a otro, presupone que comparte con él ciertos códigos. Toda relación entre sujetos –y las relaciones violentas no constituyen una excepción– aparece entonces codificada, comprendida por los sujetos interactuantes.

El sujeto realiza acciones que están cargadas de significados. Todas sus acciones tienen un sentido; aunque el actor no haya tenido intención de significar algo, su acción puede ser interpretada por otro. Las vivencias son interpretadas subjetivamente, pues el sujeto recurre a su repositorio de conocimiento disponible, para asociar aquello que se conoce a lo que se desconoce. El mundo del sentido común se encuentra tipificado en categorías de significado que permiten reconocer los nuevos fenómenos e incorporarlos a la conciencia del sujeto; una experiencia reconocida como novedosa es aquella para la que no se tienen tipificaciones de significado previas o, cuando se tienen, son erróneas, lo que implica reorganizar estas tipificaciones. En el caso de la violencia, y bajo esta óptica socio-fenomenológica, puede afirmarse que la relación de violencia tiene que ser percibida como tal por uno o ambos sujetos que participan en el acto *supuestamente* violento. Dicho en otros términos, aunque un sujeto no *tenga la intención* de ejecutar un acto violento, éste se da siempre y cuando el otro, o los otros, lo tipifiquen como tal.

Para Alfred Schütz, el problema de la vida cotidiana se expresa en las relaciones de los actores sociales entre sí y en cómo comprenden y constituyen la realidad social. La interacción o encuentro intersubjetivo es, así pues, la materia prima de la constitución de lo social. Pero la intersubjetividad implica también una posición prejudicativa con respecto al otro con quien aparentemente nos estamos comunicando.

Para la sociología fenomenológica, el individuo es un actor social que reproduce su contexto social a partir de sus interacciones cotidianas. La reflexión se centra en las relaciones intersubjetivas, bajo el ángulo de la interacción, y se otorga un rol relevante a los elementos de negociación y de comunicación en la construcción social de los contextos de sentido. Dicho de otra forma, para ser sujetos sociales necesitamos de los otros, como los otros nos necesitan a nosotros. Juntos, de forma colectiva, construimos el mundo circundante, sus objetos y sujetos, sus acciones y significaciones. La comprensión de y con los otros es una condición *sine qua non* para construir y habitar el mundo.

Como afirma Schütz, “al vivir en el mundo, vivimos con otros y para otros, y orientamos nuestras vidas hacia ellos. Al vivenciarlos como otros, como contemporáneos y congéneres, como predecesores y sucesores, al unirnos con ellos en la actividad y el trabajo común, influyendo sobre ellos y recibiendo a nuestra vez su influencia, al hacer todas estas cosas, comprendemos la conducta de los otros y suponemos que ellos comprenden la nuestra” (Schütz, 1974: 39).

Que la violencia siempre está orientada a *otro* (sea este otro uno mismo) es algo que difícilmente puede ponerse en duda. Sin embargo, sí podemos dudar en torno al carácter comprendido de los actos, cuando éstos son actos violentos.

Hasta la interacción más simple de la vida diaria presupone una serie de construcciones de sentido común, en este caso construcciones de la conducta prevista del otro. Por lo tanto, los significados no se hallan en los objetos, sino en las relaciones de los actores entre ellos y con los objetos. Interacciones que no siempre derivan en una mutua comprensión y entendimiento entre sujetos, pese a que a veces las demos por hechas.

Lo anterior permite poner de manifiesto que, en el caso de relaciones mediadas por actos violentos, el significado de éstos como violentos viene dado por los interactuantes, generalmente por las víctimas de dichos actos. El significado de la violencia no se halla en el acto violento en sí, sino en la atribución de “violento” por parte de los sujetos afectados (ya sea como emisores o como receptores) en dicho acto.

Como se puede observar, la propuesta de Schütz no plantea la violencia, como no plantea ningún acto fundamentado en relaciones de poder. Es, hasta cierto punto, una propuesta ingenua. Sin embargo, si concebimos a la intersubjetividad como requisito para cualquier situación de interacción, podemos decir que todo acto violento (plasmado en una relación de comunicación dada) está también fundamentado en la relación de comprensión intersubjetiva entre el o los ejecutantes del acto violento y el o los afectados por dicho acto. Es decir, el concepto de intersubjetividad propuesto por Schütz puede realizar aportes importantes para explicar cómo se produce la comprensión del sentido entre sujetos que se encuentran en una determinada situación de interacción marcada por la violencia.

5. Cierre: emocionalidad, violencia y comunicación

El abordaje de los comportamientos violentos debe tomar en cuenta necesariamente la teoría de las emociones. El estudio conceptual de las emociones es, por su extensión e incompletud, difícil de abordar. Hace más de cien años, el psicólogo y filósofo William James (1884) se preguntó acerca del significado de las emociones. Unas décadas más tarde, el psicólogo social Wilhelm Wundt, en la célebre obra *Elementos de psicología de los pueblos* (1926), concibió a las emociones como un aspecto de la vida anímica o mental inextricablemente relacionado con la experiencia de los procesos invadidos y los movimientos de expresión corporal. Las concibió, por tanto, como elementos vinculados necesariamente con la comunicación.

Las emociones han sido materia de estudio, sobre todo, de la psicología. Y la comunicación, como materia prima de los comportamientos y relaciones entre seres humanos, debe ser tomada en cuenta en cualquier reflexión sobre la emocionalidad humana. Como afirma Izquierdo (2000: 130), “las emociones juegan un importante papel en la regulación de los contactos, la estructuración de las relaciones y en la comprensión de los mensajes que informan sobre las cosas y los hechos”.

En la literatura académica, el estudio de las experiencias emocionales se plantea desde dos enfoques principales: el naturalista positivista, por un lado, y el constructivista e interaccionista simbólico, por el otro. En este sentido, y por la naturaleza del enfoque adoptado en las presentes páginas, interesa hacer más énfasis en esta segunda perspectiva, cuyo eje central se encuentra, entre otros, en la articulación entre los siguientes elementos: el carácter construido de las emociones y la concepción de éstas como conglomerado de sentimientos que se activan como respuesta a un acontecimiento particular.

La comunicación humana está influenciada por la percepción (la imagen que uno se hace del mundo y del otro), los valores y creencias, los aspectos sociales y culturales, y el estado de ánimo de cada persona. Lo anterior, porque nuestro estado anímico (nuestra expresión y experiencia emocional), condiciona nuestras relaciones con los otros en el mundo de la vida cotidiana, condiciona o determina nuestros miedos, nuestro cansancio, nuestras ansiedades, nuestras depresiones. Y condiciona, también, aquellos actos que pueden ser comprendidos como violentos.

Comunicación, emoción y violencia se articulan entonces como un triángulo conceptual en torno al que vale la pena seguir discutiendo. La comunicación intersubjetiva, la unidad mínima de comunicación entre sujetos sociales, es intrínseca a cualquier acto humano, sea éste violento o no. En la medida en que somos capaces de significar un acto como violento, y podemos anticipar la conducta

de otros a quienes atribuimos una actitud violenta, nuestras relaciones comunicativas pueden verse truncadas en el espacio de lo cotidiano. La violencia, mediada o *en directo*, nos hace más débiles comunicativamente hablando. Ejercer un acto violento, o ser víctima de ello, hace que nuestra relación con los otros vea disminuida su efectividad, sustituyendo la comprensión y el entendimiento por la imposición, la verticalidad y, en el peor de los casos, el silencio.

Bibliografía

- Barrera, Laura (2008) "Comunicación y violencia en la convivencia cotidiana". Entradas en Blog *Comunicándonos mejor*. Disponible en <http://blogsdelagente.com/comunicandonos/2008/04/22/comunicacion-y-violencia-la-convivencia-cotidiana/> (primera parte) y <http://blogsdelagente.com/comunicandonos/2008/4/23/violencia-y-comunicacion-la-convivencia-cotidiana-segunda/> (segunda parte).
- Bauman, Zygmunt (2003) *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, Madrid: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre (1987) *Cosas dichas*, Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, Pierre (1999) *Meditaciones Pascalianas*, Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (2000) *La dominación masculina*, Barcelona: Anagrama.
- Ceballos, Maritza (2008) "Las emotividades sociales y los medios de comunicación", en *Pensamiento y cultura*, Vol. 11, Núm. 2. Colombia: Universidad de la Sabana, pp. 263-275. En línea, disponible en <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/701/70111552003.pdf>
- Estrada, Christopher O. M. (2006) *Formas de estar con la violencia. La violencia como factor de estructuración social*, Tesis de la Maestría en Comunicación de la Ciencia y la Cultura, Área de Concentración en Estudios Socioculturales, Guadalajara: ITESO.
- Fowks, J. (2008) "El recurso al miedo y a la incertidumbre en la escena política peruana, 1990-2006", en Gutiérrez, E. e Ibarra, M.A. (comps.) *Ciudadanías de la incertidumbre: comunicación, poder y subjetividad*, Bogotá-Barranquilla: Universidad Javeriana-Universidad del Norte.
- García Canclini, Néstor (2002) *Culturas populares en el capitalismo*, México: Grijalbo.
- Goleman, Daniel (1996) *Inteligencia emocional*, Barcelona: Kairós.
- Guemureman, Silvia y Gugliotta, Adriana (1998) "Aportes para una reflexión acerca de la violencia perpetrada sobre los niños, niñas y adolescentes", en Izaguirre, Inés (coord.) *Violencia social y derechos humanos*, Eudeba, Buenos Aires. En línea, disponible en http://webiigg.sociales.uba.ar/conflictosocial/libros/violencia/03_GUEMUREMAN,%20GUGLIOTTA,%20Aportes%20para%20una%20reflexion.pdf
- Hernández, Tosca (2001) "Des-cubriendo la violencia", en Briceño-León, Roberto (comp.) *Violencia, sociedad y justicia en América Latina*, Buenos Aires: CLACSO. En línea, disponible en <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/violencia/violencia.html>
- Izquierdo, Conrad (2000) "Comunicación interpersonal y crecimiento emocional en centros educativos: un modelo interpretativo", en *Educación*, Núm. 26, Universitat Autònoma de Barcelona, pp. 127-149.
- James, William (1884) "What is a emotion?", en *Mind*, núm. 9, pp. 188-205.
- Maturana, Humberto (1997) "Biología y violencia", en Maturana, Humberto *et.al.* (1997) *Violencia en sus distintos ámbitos de expresión*, Santiago de Chile: Dolmen Ediciones.
- Pacheco, Gerardo (1994) "Voces jóvenes. La violencia en la vida cotidiana", en *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, Año/Vol. V, Núm. 015, Programa Cultura, Universidad de Colima, pp. 283-295.
- Padilla, Alberto (2011) "Reflexiones en torno a una psico-sociología de la violencia, cultura y educación", en revista *Versión. Estudios de Comunicación y Política*, Núm. 28 "Violencia, Sociedad y Cultura", Diciembre de 2011. Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México. En línea, disponible en http://148.206.107.15/biblioteca_digital/estadistica.php?id_host=6&tipo=ARTICULO&id=8271&a

- [rchivo=7-577-8271tjo.pdf&titulo=Reflexiones%20en%20torno%20a%20una%20psico-sociolog%C3%ADa%20de%20la%20violencia,%20cultura%20y%20educaci%C3%B3n](#)
- Reguillo, Rossana (1996) “Ensayo(s) sobre la(s) violencia(s): breve agenda para la discusión”, en *Signo y pensamiento*, Núm. 29, XV, Bogotá: Universidad Javeriana, Facultad de Comunicación y Lenguaje, pp. 23-30.
- Reguillo, Rossana (2000) “Anclajes y mediaciones de sentido. Lo subjetivo y el orden del discurso: un debate cualitativo”, en *Revista Universidad de Guadalajara*, Dossier “Investigación cualitativa en Salud”. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Rizo García, Marta (2006) “La interacción y la comunicación desde los enfoques de la Psicología Social y la Sociología Fenomenológica. Breve exploración teórica”. En *Anàlisi. Quaderns de Comunicació i Cultura*, núm. 33, 2006, pp. 45-62. Revista del Departament de Periodisme i Ciències de la Comunicació, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona (España).
- Rizo García, Marta (2006a) “La intersubjetividad y la vida cotidiana como objetos de estudio de la ciencia de la comunicación. Exploraciones teóricas y abordajes empíricos”, en Rebeil Corella, María Antonieta (ed.) (2006) *XIII Anuario de Investigación de la Comunicación CONEICC*, CONEICC, Universidad Anáhuac, Universidad Autónoma de Coahuila, UIA-México, UIA-León, México, pp. 85-104.
- Rizo García, Marta (2007) “Intersubjetividad, Comunicación e Interacción. Los aportes de Alfred Schütz a la Comunicología”, en revista electrónica *Razón y Palabra*, núm. 57, junio-julio 2007, “De la comunicación a la comunicología” (Coord. Héctor Gómez Vargas). ITESM Estado de México. Artículo en línea, disponible en <http://www.razonypalabra.org.mx/antecedentes/n57/mrizo.html>
- Rizo García, Marta (2008) “La Sociología Fenomenológica como fuente científica histórica de una Comunicología posible”, en Galindo, Jesús (Coord.) (2008) *Comunicación, ciencia e historia. Fuentes científicas históricas hacia una comunicología posible*, McGraw-Hill Interamericana, Madrid, pp. 43-107.
- Rizo García, Marta (2009) “Sociología fenomenológica y Comunicología histórica. La Sociología Fenomenológica y sus aportaciones al pensamiento en comunicación”. En *Mediaciones Sociales. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación*. Número 4. 1er Semestre 2009. Facultad de Ciencias de la Información. Universidad Complutense de Madrid (España), pp.75-111.
- Rodríguez, Gina Paola (2011) “El encubrimiento de la violencia originaria”, en Neiman, Guillermo (coord.) *Violentología. Un abordaje científico de la violencia*, Buenos Aires, CICCUS, pp. 65-75. En línea, disponible en http://www.violentologia.org/files/Violentologia_1.pdf
- Scheider, Silvia C. (2008) “Microviolencia simbólica de género”. Ponencia presentada en las Primeras Jornadas de Filosofía Política. Democracia, tolerancia y libertad. Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur (Bahía Blanca), 17-19 de abril de 2008. En línea, disponible en <http://www.cefysmdp.com.ar/mesas/2008/scheider.pdf>
- Schütz, Alfred (1974) *El problema de la realidad social*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Wundt, Wilhelm (1926) *Elementos de psicología de los pueblos. Bosquejo de una historia de la evolución psicológica de la humanidad*, Daniel Jorro, Madrid.
- Zizek, Slavoj (2009) *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, Barcelona: Paidós.